

## EN LA ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA (1)

### DISCURSO

860(82)-5

Excelentísimo señor:

Señoras:

Señores:

Con sorpresa mía, y no dudo que con sorpresa vuestra, me encuentro señores, en esta tribuna. Nunca me hubiese atrevido ni a sospechar siquiera, que pudiese llegar un momento en que se me exigiese el sacrificio que representa para mí este honor, en un acto como este, que ha venido ya a ser tradicional entre nosotros.

Y al decir sacrificio, comprenderéis que no exagero, si tenéis en cuenta que vengo cubierto todavía con el polvo de las aulas y recordáis, por otra parte, las notabilidades a que siempre ha acudido la Academia Literaria del Plata en solemnidades como la presente. Pero no he podido negarme a un pedido que sólo podía satisfacer con mi buena voluntad; y al comparar mi pequeñez, mi insignificancia literaria e histórica con los ruidosos triunfos en el Foro y los largos trabajos de índole estética de los que me han precedido en esta tribuna, al concentrar en mi memoria los nombres de aquellas figuras ilustres que han desfilado por este lugar, al percibir en la atmósfera de este salón como el perfume de las rosas que ellos deshojaron con su elocuencia y con el ejemplo de sus virtudes, he creído que de ningún modo saldría mejor del compromiso, en que me encuentro, que volviendo a deshojar algunas de esas flores, para que sigan perfumando el ambiente; ningún modo mejor que recordando la imperecedera gloria y la gloriosa actuación, en la Academia Literaria del Plata, de algunos de aquellos cuyos nombres están íntimamente ligados a la actividad y desenvolvimiento de esta institución.

"La Academia Literaria del Plata es una asociación de esfuerzos en servicio de la cultura intelectual—escribía José Manuel Estrada en el vigésimo quinto número de *La Unión*, correspondiente al

(1) Publicamos el discurso y algunas de las composiciones del programa del acto literario-musical celebrado por la Academia, el día 30 de agosto.

30 de Agosto de 1882;—es una asociación formada por vínculos superiores que le aseguran inalterable concordia y tanto brillo como fecundidad. Es una comunidad de creencias, bajo la augusta inspiración de la fe, que hace uno todos los corazones y una todas las almas en la confesión y caridad de Cristo. Congregando de esta suerte, en la edad doblemente combatida por las borrascas de afuera y por las borrascas de adentro, una juventud vigorosa, purifica sus móviles y la arma contra aquel mundo de tinieblas que se oculta, como abismo bajo flores, tras de engañosos resplandores y miserables seducciones. Ese mundo que tiraniza con artes y prestigios infinitos; porque es grande su poder para exaltar y para combatir: sólo que abate cuando quiere ensalzar y ensalza cuando quiere abatir.”

“Triunfar de los respetos humanos es la sublime victoria,—añadía el gran tribuno; y disponer la juventud para vencerlos es el fin a que sirve la cristiana asociación cuyos méritos ponderamos.—Esos jóvenes que allí estudian y oran unánimes, que unánimes violentan los secretos de la ciencia y preconizan la verdad, que unánimes beben la gracia en el raudal de los Sacramentos y unánimes despliegan la fortaleza de los confesores de Cristo, encontrarán sin duda en las escabrosas sendas que se aprestan a recorrer, pruebas y dolores que acrisolan las vocaciones y las virtudes; pero de su fraterna y purísima comunión de ideas, de sentimientos y de esperanzas, recibirán la incontrastable fuerza prometida, porque el divino maestro está donde quiera que estén dos reunidos en su nombre. Así lo están ellos: reunidos en la oración, reunidos en el estudio, reunidos en la vigilancia. Dios los preservará del mal.”

La Academia Literaria del Plata estaba aún en sus orígenes, cuando nuestro gran tribuno, daba a la publicidad, con sinceridad y con entusiasmo, las frases que acabo de citar. Aquel hombre clarovidente, aquel espíritu conocedor como el que más, de los hombres y de las cosas, sabía que la República Argentina estaba en vísperas de una gran batalla, se aproximaba el día en que los argentinos debían vender la túnica para comprar la espada.

La revolución religiosa había de sobrevenir y sobrevino; pero no tomó a los católicos desprevenidos, ni desarmados. Saltaron a la arena de la lucha un grupo de héroes, y mientras luchaban como buenos las batallas del Señor y causaban honda turbación y cruel mortandad en las enemigas filas con aquella terrible máquina de guerra que se denominó *La Unión*, acudían ardorosos aún y llenos de fatiga, a este mismo lugar para ejercitar en esas mismas armas



a los jóvenes aquí reunidos, como en un campo de concentración militar, y de aquí salieron los que en aquellos tiempos heroicos y en otros no tan borrascosos, pero no menos gloriosos, combatieron y combaten aún, por Cristo y por su Iglesia.

Los jóvenes de hoy no estamos capacitados para alcanzar una concepción real del estado religioso en que se hallaba la República Argentina, cuando se congregaron por primera vez en este mismo lugar los que fundaron la Academia Literaria del Plata. Era el año 1879 y terminaba el período de su gobierno el doctor Nicolás Avellaneda. Absorto aquel gran mandatario en los problemas de la integración nacional y en los conflictos de los partidos, no pudo preocuparse de los errores de doctrina que se infiltraban gradualmente en los espíritus, en las instituciones y en las tendencias de los gobiernos. Durante aquella presidencia fecunda en iniciativas y fructífera en resultados, desarrollóse el país material y económicamente; durante el gobierno siguiente, el país había de seguir su marcha progresista en la esfera de la materia, pero había de surgir la turbación en la esfera de las inteligencias. La reacción política contra las antiguas formas de la sociedad hispanoamericana, había de dar entrada a las paradojas revolucionarias, y las quimeras más funestas habían de arraigarse como otras tantas supersticiones.

Avellaneda terminó su período en 1880, dejando a la República consolidada; Roca subía ese mismo año al gobierno, planteando la cuestión religiosa. Un año antes, el 20 de abril de 1879, se había fundado esta histórica y benemérita Academia Literaria del Plata. En su seno habían de formarse los hombres de acción, y en su seno habían de templar sus armas y afilar sus aceros los héroes de las gloriosas jornadas de 1882, 1884 y 1885. Dirigida en sus principios por el R. P. Esteban Salvadó—una placa honoríficamente conceptuada recuerda su memoria—y activada con acierto y tacto por un grupo de selectos jóvenes, inició la Academia una vida próspera y fructífera. En Mayo de aquel mismo año de 1879, contaba con 13 miembros activos y 11 miembros honorarios. Aquellos eran el fuego, la actividad; éstos, aunque activos e ígneos, eran la prudencia, la madurez. ¡Hermosa amalgama que había de contribuir tan intensamente a la buena marcha de esta Institución!

Unos y otros al reunirse, formando este cuerpo moral, elevaron sus corazones al cielo e imploraron las bendiciones del Altísimo. Las Actas del 18 de Junio de 1879 nos recuerdan que en ese día “el señor Presidente (éralo el doctor Santiago Klappenbach), tomó la palabra para que se hiciera el nombramiento del Patrono de la

Academia. Puesto el tema a la consideración de los académicos, el señor Santiago O'Farrell propuso a Santa Rosa por ser también patrona de América; el P. Estanislao Soler, vicedirector, y el señor Carmona, propusieron a San Agustín. Discutido lo suficiente sobre este punto, se puso a votación y Santa Rosa resultó Patrona de la Academia Literaria del Plata''.

Ahí tenéis, señores, el génesis, el origen de esta fiesta anual, de este acto de gala en que la poesía y la música, el arte y la vida se unen y se enlazan para solazar los espíritus, levantar los ánimos a las regiones de lo bello y de lo santo, tributando un homenaje digno y merecido a la Santa americana, patrona de América desde su canonización en 1671, patrona de nuestra República desde que el Congreso de Tucumán propiciara la idea, y patrona de esta Academia desde sus mismos orígenes en 1879.

Bajo la protección divina y la tutela de la Santa de Lima, comenzó la Academia Literaria del Plata a tomar cuerpo, a henchirse de vida y saturarse de la savia nutritiva que proporciona el estudio y la oración. Al pequeño grupo de fundadores asociáronse hombres tan excelsos, espíritus tan varoniles como Miguel Navarro Viola, Apolinario Casabal, Félix Frías, Ceferino Araujo, Antonio Malaver, Pedro Goyena, Manuel Pizarro, Toribio Ayerza, Ramón Santamarina, Santiago y José Manuel Estrada, y esos fueron, señores, esos fueron los hombres que dieron vida y cubrieron de gloria inmarcesible a esta benemérita institución.

Su recuerdo nos honra y sus obras nos estimulan a la gloria, como estimulan al sacrificio. Fueron grandes ante los hombres, porque fueron grandes ante Dios. Arraigaron en esta bendita tierra argentina y la amaron, y por ella lucharon porque tenían su pensamiento y sus ideales en el cielo.

Señores: No hemos alcanzado aquellos tiempos de lucha, a la vez política y religiosa, en que aquellos miembros de la Academia del Plata, disputaron y lucharon, con porfía cada vez mayor, en honra de Cristo y de su reinado social contra el liberalismo disciplinado para agredir la Iglesia y ultrajar desembozadamente las conciencias. No nos ha tocado luchar en aquellas filas donde lucharon ellos, pero nos corresponde recordar con respeto y veneración, a aquellos grandes espíritus, a aquellos bravos adalides de las batallas del Señor, a aquellos hombres heroicos que ensayaron sus fuerzas o las robustecieron en este mismo lugar y animados de la elocuencia, escudados por la verdad, protegidos por Cristo salieron a la palestra y lucharon hasta ser vencidos, y vencidos, resistieron.



Surgió la cuestión religiosa y surgieron aquellos titanes que se llamaron Frías, Estrada, Goyena, Achával Rodríguez, Casabal y Navarro Viola, y en torno de ellos, bajo la misma bandera, con las mismas armas, y por los mismos sagrados intereses lucharon los académicos de aquella época de guerra sin cuartel. Porque, señores, cuando la religión de un pueblo pelagra, cuando las libertades religiosas están sojuzgadas o a punto de serlo, cuando las crisis y las penurias en lo espiritual afligen a las naciones, no hay corazón que no lata, ni brazo que no se mueva, ni labios que no clamen, cuando esos corazones, esos brazos y esos labios están movidos por una inteligencia superior, por un espíritu todo abnegación y todo generosidad.

El Congreso Pedagógico de 1882, el proyecto de enseñanza laica presentado en 1883, la destitución y enjuiciamiento del Vicario Capitular de Córdoba en 1884 y el anunciado proyecto de matrimonio civil, enardecieron los ánimos y encendieron el fuego sagrado en los corazones de los católicos argentinos.

Estrada era diputado cuando se agitaron estas cuestiones trascendentales y entonces más que nunca se irguió su gloriosa personalidad. "Los oradores y poetas cesáreos—advierde Donoso Cortés,—miraban antes de hablar el semblante de los príncipes; los profetas cerraban los ojos!" José Manuel Estrada fué orador no al modo de los retóricos áulicos de Roma o populares de Atenas, sino a la manera de los oradores bíblicos. Nunca miró antes de hablar el rostro de los oligarcas. Por eso cuando un Presidente sectario se jactaba de encerrar a la sociedad argentina en un círculo de opresión despótica, subvirtiendo la organización de la enseñanza, escarneciendo la fe, José M. Estrada, superior a las preocupaciones del ambiente, superior a las influencias de las autoridades y de todos los resortes posibles e imaginarios que se pusieran en juego para conformarlo a las insinuaciones de la oligarquía, después de rechazar halagos y capitulaciones, esgrimió desde el recinto académico y universitario, altiva y valerosamente su palabra ardiente y verídica, en nombre de las patrias libertades conculcadas.

Abandonó sus cátedras, fué destituido del cargo de rector del Colegio Nacional, pero la opinión pública, después de admirar su grandeza moral, aplaudió su gesto de héroe y la juventud universitaria, que le idolatraba, acudió en masa a su domicilio el día 21 de Junio de 1884 y oyó de labios del gran maestro palabras impregnadas de valor y de heroísmo: "Os esperaba—les dijo—y he querido pensar lo que debía deciros en esta despedida, cuyo dolor vosotros no po-

déis medir... Cerca de 20 años de mi vida pasados en la cátedra, me han enseñado a amar a la juventud! Al despedirme de ella he querido recibirlos rodeado de mis hijos, a quienes seguís en mis predilecciones... Las turbulencias que hoy rompen el lazo entre nosotros... me han exigido escoger entre mis supremos deberes y los halagos de vuestra adhesión... La elección en tal conflicto *no es problema* para un hombre de conciencia... *Contad conmigo en todos los terrenos y en todos los teatros, de donde no hay fuerza humana capaz de arrojarme, porque tengo una voluntad de hombre libre y una bandera sacrosanta. De las astillas de las cátedras destrozadas por el despotismo, haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad*''.

La enseñó, señores, con la palabra y con el sacrificio, y su misión fué la de predicar la libertad, la libertad cristiana porque es el imperio de Dios en la conciencia, en la familia, en la sociedad y en la regeneración de las almas llamadas a la luz y de los cuerpos llamados a la resurrección; porque es el espíritu de Cristo y el espíritu de los creyentes en la fe, en la labor, en la política y en las ciencias.

José Manuel Estrada era ya prominente en nuestro mundo intelectual cuando ingresó en la Academia Literaria del Plata, en Mayo de 1879. Aunque sólo contaba 37 años de edad, traía los prestigios de estadista, de maestro, de tribuno, y lo que era más, los de buen cristiano y de ardiente apóstol de Cristo. Los jóvenes académicos de 1879 a 1894 admiraron en ese hombre al prototipo del ciudadano probo, del maestro inteligente y del luchador denodado que, "colocado en el crepúsculo enrojecido de una época y la auro-ra caliginosa de otra, luchaba como el hebreo antiguo, que ponía con una mano las piedras del templo, mientras blandía en la otra la fulgurante espada". (M. de Vedia).

Dudo, señores, que haya habido entre nosotros dos hombres tan parecidos en sus aspiraciones, en sus actos y en las dotes intelectuales, como los señores J. M. Estrada y Pedro Goyena. Amigos desde la cuna hasta la tumba, eran una sola alma en el sacrificio y en la lucha por Cristo y por la patria. "Me decías ayer—escribía en una ocasión el doctor Goyena al señor Estrada,—que parece que nosotros dos pensáramos con los mismos sesos. No sé si eso nos condena; pero sí sé que me fortifica. Nuestra amistad es vieja y nueva: vieja por su fecha y nueva por su permanencia. Diré más, y reirá con razón el último que ría, es insusceptible de vejez y siempre renovada por las sorpresas de constantes afinidades de pensa-



miento y aspiraciones. Tú la has ostentado y yo no. Ella te ha inspirado juicios benévolos a mi respecto, que agradezco, y me obligan. Yo rompí un artículo cuando inauguraste tu cátedra de filosofía; rompí otro cuando te graduaste en la Facultad de Jurisprudencia. Me decía a mí mismo: "no me creerán"; mi aplauso parecerá gratitud, y mi admiración cariño."

¡Hermosa figura la del doctor Goyena! Como Estrada había nacido para la lucha y luchó sin descanso, en la tribuna, en la prensa, en el parlamento. Sus preclaras dotes de orador llamaronle a figurar en la vida pública desde los días de su juventud, y desde los días de su juventud fué un creyente sin ambages ni restricciones mentales, sin transacciones ni arreglos liberales.

Desde esta misma tribuna disertaba de estética y leía sus ensayos de crítica literaria en los días de bonanza, escasos en aquella época, y *levantaba su voz hasta las nubes y erguía*se, a impulsos de la indignación, su severa figura cuando sentía conculcados los derechos de la Iglesia, y aquí, con la misma santa libertad, que en el recinto del Congreso, o en las plazas de esta ciudad, preconizaba intrépidamente el "reinado social de Jesucristo" por más que fuera "hablando un lenguaje extraño en la tribuna argentina".

¡Cuán grande, señores, y cuán fuerte aparecía ese tribuna cuando se trataba de luchar contra los que trataban de extinguir las nobles aspiraciones del corazón humano, de apagar la luz de la revelación, de ahogar las sanas inspiraciones de la moral católica, empequeñeciendo al hombre, hundiéndolo en la sensualidad y despojándolo de aquellos caracteres en que más claramente se halla marcado el origen divino! Leed, señores, su discurso sobre el matrimonio civil, pronunciado en el recinto de las Cámaras nacionales y afirmaréis conmigo que fué Goyena un orador de la talla de O'Connell y de Windstorst; medita sus conceptos y reconoceréis en Goyena un filósofo de la talla de Balmes y de Orestes Browson; considerad el espíritu que anima al orador, que enciende sus labios y electriza sus pensamientos y hallaréis en Goyena un héroe cristiano, un adalid de la causa de Cristo, un hijo de la Cruz!

Al recordar esta tarde, y en esta solemne ocasión, a aquellas grandes figuras que tanto contribuyeron al prestigio y a la gloria de esta Academia, no puedo menos de recordar asimismo el cumplimiento de aquella promesa del Salvador: "Buscad primero el reino de los cielos, que todo lo demás se os dará por añadidura".

Joven aún, terminó Goyena sus días el 17 de Mayo de 1892. En uno de los días que precedieron al último de su vida, dos de sus

alumnos, uno de ellos miembro de esta Academia a la sazón, mandaron en San Francisco decir una misa por la salud corporal del maestro querido. Los jóvenes que eran sus discípulos, los que lo habían sido, los que iban a serlo, acudieron al pie de los altares; nadie faltó a la cita; toda la Facultad, compuesta de escépticos y de creyentes se postró bajo las bóvedas del templo. A este homenaje, el más delicado que pudiera tributársele, respondió Buenos Aires con un movimiento de dolor cuando se dijo: "Pedro Goyena ha muerto". Junto a su tumba le dieron la eterna despedida, amigos y enemigos. "Era un creyente sincero y militante; no transigía, no pactaba con sus creencias, y, sin embargo, su muerte cubre de duelo a los representantes más avanzados del liberalismo argentino", exclamaba aquel que fué su digno rival, el doctor Aristóbulo del Valle, y añadía: "¡Ojalá pudiéramos volverle a la vida, aunque tuviéramos que batallar de nuevo con su pujanza formidable!"

Con el recuerdo de Estrada y de Goyena, irá siempre unido el recuerdo de otro benemérito miembro de la Academia Literaria del Plata, el doctor Tristán Achával Rodríguez. Compañero inseparable de aquellos grandes tribunos y adalides de la causa católica, actuó en el terreno de la política, apasionada y ruidosamente.

Cuando las paradojas del malhadado Congreso Pedagógico pugnaban por convertirse en instituciones, cuando con una cita de Renán, un párrafo de Draper y unas cláusulas de Solorzano pasaban nuestros liberales en el Congreso los días y las noches, y pugnaban por expulsar a Cristo de las escuelas argentinas, apareció ese obrero activo y abnegado de la primera hora, y cumplió su penoso deber en términos que no es posible ponderar. Su teatro de acción — como ha escrito José Manuel Estrada, — estaba en la tribuna política y se mantuvo en ella con prodigiosa energía y con brillo extraordinario. En los memorables debates de 1883, desplegó Achával todos los raudales de su elocuencia en defensa de la fe, de la juventud, del derecho paterno y de la existencia misma de la sociedad, minada por la apostasía religiosa. Los jóvenes de hoy hemos oído de los jóvenes de ayer la narración de aquella noche histórica en que desesperadamente, pero sin desmayar, luchó Tristán Achával, hora tras hora, como soldado que se niega a rendirse sobre los escombros del baluarte.

Aún vive entre nosotros quien fué el inseparable amigo de Tristán Achával Rodríguez, quien le asistió en su agonía, derramó las primeras lágrimas sobre su prematura tumba y, pocos años ha, con



motivo de la traslación de los restos mortales del gran tribuno, exclamaba: "No me es posible hablar ante los restos de Tristán Achával Rodríguez"... "Estuve a su lado cuando pisaba los umbrales de la eternidad; sentí que la mano que tenía asida se crispaba con los dolores y angustias de la muerte, y si dominé la pasión de ánimo que en ese instante me asaltó, lo debí sin duda a la fortaleza de Tristán, que no cabía ser débil ante la serenidad de un varón justo que moría en el Señor. Y moría sin remordimientos, porque había tenido en menos "las añadiduras" y buscado ante todo el reino de Dios y su justicia... Hábil, sagaz, de temple y talentoso, todo, todo le prometía llegar a las alturas de una eminente figura; mas, no fué esa la senda por donde había de engrandecerse y grabar su nombre en la memoria nacional... La política era el elemento de Achával Rodríguez: vivía, se agitaba en ella como los delfines en el mar; abandonarla era para él una especie de muerte civil; pero no bien comprendió que las tendencias del partido dominante—que él había contribuido tan eficazmente a cimentar,—no estaban de acuerdo con sus principios y convicciones, *sin vacilar* renunció a las posiciones oficiales, y se separó de la carrera comenzada bajo tan halagüeños auspicios.

Sólo contaba 39 años de edad; pero Achával Rodríguez no podía traficar con su alma: su conciencia no sabía transigir. Ella fué su impenetrable escudo, contra lo que, en términos bíblicos, llamaba "la soberbia de la vida". Le bastaba, señores, legar a sus hijos, lo que vale más que la fama de gran estadista o la fortuna de un opulento hacendado, el irreprochable ejemplo de su cristiana vida. ¿Quién puede describir, quién narrar ni aun esbozar su actuación enérgica e incansable durante el movimiento de 1884 a 1887? Se multiplica, entrega a la causa de Cristo y de su Iglesia, toda su acción, toda su experiencia, toda su ilustración e influjo, todo su tiempo y hasta su propia vida.

Señores: Tristán Achával no sabía capitular; por esto batalló hasta agotar sus fuerzas, y el hombre de indómitas energías, cuyas obras demuestran que hubiera podido honrar los más altos cargos, murió resignado y gustoso, sin más fortuna que la necesaria para el sustento de su familia; sin más investidura oficial que la de juez de paz en San José de Flores...

A los tres grandes oradores, integérrimos católicos y miembros honorarios de esta Academia, cuyo recuerdo acabo de suscitar y cuyas glorias y sacrificios acabo de desflorar, debo añadir el de aquel hombre de quien se ha dicho que era "genio bravo, genio

manso, que plasmado de dulzura era fierro por adentro y terciopelo al exterior; corazón hecho de mieles y forrado de armadura, que fué blando como arcilla y más duro que el dolor''.

En 1832 era soldado de la patria y militó en las filas de Lavalle; en 1841 acompañó los restos del infortunado soldado hasta depositarlos en la catedral de Potosí; fué uno de los pocos argentinos que pudo contemplar el cadáver del general San Martín; después de la caída de Rosas fué diplomático, estadista, tribuno y organizador y fué, señores, miembro de esta Academia que amó, como amaba el estudio y amaba la oración. ¡Cuántas veces ascendió a esta tribuna, recogido en sí mismo y al parecer incomunicado con los presentes, y al rato, *en sus primeras frases*, atraía al auditorio con la inflexión simpática de su voz, la sojuzgaba con su elocuencia y la cautivaba franqueándole el secreto de su alma, y nadie ignora que el alma era lo mejor que había en don Félix Frías.

Fué don Félix Frías otro de aquellos bravos adalides de la causa católica. En este recinto era su hablar tan suave como melífluo; pero, señores, Frías era tan sensible como fuerte, era de aquellos que con la mano que derriban al cóndor de los Andes, acarician a la mansa paloma. Constantemente percibió; y con su palabra elocuente y la ingenuidad de su gran corazón denunció sin cesar la raíz de todas las desgracias que le rodeaban y de los desastres que preveía. En medio de unas y de otras, salió de este mundo, puro y sin torcer su rumbo. No le torció en su azarosa existencia de soldado, ni en la de ciudadano ni en la de tribuno y de magistrado.

Sería, Señores, una injusticia de mi parte si entre los nombres ilustres que acabo de mencionar, como íntimamente ligados a la Academia Literaria del Plata, omitiese uno que, si bien no descolló en el terreno de la acción política, no por eso contribuyó menos a la cultura nacional. Santiago Estrada es uno de los escritores nacionales que ha llegado a realizar una obra más extensa y de fases más variadas. Periodista, crítico musical, escritor de viajes, orador académico, abarcó Santiago Estrada todos los géneros con igual ardor y con el mismo éxito. Su estilo era pulido, terso y cepillado, ocultando la violencia del esfuerzo de creación.

Fué, sin duda alguna, el más castizo de nuestros escritores de aquella época y por esta razón, muy particularmente, los literatos más eminentes de la Metrópoli española se honraban con su amistad, pues veían en él a uno de los suyos, y, ciertamente, de los de primera fila. Permitidme aducir un dato, seguramente desconocido, en



comprobación de mi aserto: cuando Santiago Estrada se encontraba en las postrimerías de su vida, lejos de esta tierra argentina que tanto amó, a la vista del nevado Guadarrama y a orillas del tardo Manzanares, fué para él un alivio y es para nosotros un legítimo orgullo, el que Marcelino Menéndez y Pelayo y otras eminencias españolas fuesen los que con su amistad y asidua asistencia contribuían a aliviarle en aquellos momentos; y fué el gran polígrafo español, fué Menéndez y Pelayo quien se encargó de que Santiago Estrada afrontase la muerte con los auxilios de la religión en que siempre había vivido.

La Academia Literaria del Plata nunca le olvidará. Su nombre figura en sus Actas entre los que más contribuyeron a alentar en todo momento las actividades de la institución; conferencias, trabajos literarios, colaboración asidua, tal fué el caudal con que contribuyó en todo momento a cimentar y a dar solidez y estabilidad a esta benemérita corporación.

Una elemental consideración de prudencia me impide, Señores, presentar siquiera una serie de nombres, cuya modestia se daría por ofendida con solo aducirlos. Vosotros los conocéis y recordáis su brillante actuación en los actos que, en un día como hoy, viene celebrando la Academia desde su fundación. No los voy a nombrar; para gloria de la patria y esplendor de las patrias letras, viven aún; algunos están presentes en esta sala.

Pero sería en mi concepto una injusticia pasar en silencio un nombre que se ha hecho inseparable de esta Academia y que va íntimamente unido a las glorias de José Manuel Estrada, de Pedro Goyena, de Tristán Achaval Rodríguez y de Félix Frías.

El anciano autor del *Paraíso perdido*, maldecía su ceguera:

Now blind, disheartened, shamed, dishonored, quelled. To what can I be useful?

Ciego, cubierto de vergüenza y sin honor, ¿para qué sirvo en esta vida? Este era el clamor de Milton, como había sido el de Sansón.

El venerable anciano a quien aludo, ha sido privado, Señores, del don de la visión porque como a Tobías "el Señor ha permitido que le viniese esta prueba, para que quedase un ejemplo de su paciencia... Porque habiendo temido a Dios desde su infancia, y guardado sus mandamientos, no se entristeció contra Dios, por haberle venido el trabajo de la ceguera". (Tobías 2: 12, 13.)

Esto dice la Escritura del santo Tobías y creo, señores, que bien podemos aplicarlo al venerable y modestísimo ciudadano... Su

nombre está en vuestros labios, como está en los míos, hablo del doctor Emilio Lamarca. Felices los jóvenes que aun tienen a la vista y en la vida diaria, a ese denodado luchador de 1882-84 y 86, a ese venerable mentor de la juventud académica desde 1879, a ese hombre tan democrático en sus ideales republicanos como católico en sus convicciones y en sus manifestaciones todas.

La Academia le ha tenido siempre a su lado; nunca le ha faltado su apoyo, ni le ha fallado su consejo. En distintas ocasiones se ha visto honrada con su Presidencia; y si en 1910 pudo organizar el Certamen Literario, uno de los actos que más contribuyeron a solemnizar el Centenario de nuestra Independencia, obra fué de la presidencia del doctor Lamarca; cuyo ascendiente en las alturas oficiales logró nacionalizar la cooperación de la Academia a los festejos de aquella época magna.

---

Superficial y lánguidamente acabo de presentaros, Señores, algunas figuras que más han esclarecido y honrado la historia de esta Academia Literaria del Plata, que, como podéis muy bien deducir de los hechos expuestos y de los elementos que desde sus comienzos contribuyeron a su estabilidad y consolidación, no ha sido una institución de mero sport literario, sino más bien un elemento de formación y robustecimiento moral de la juventud.

En las horas de agitación religiosa y convulsión moral que representan los años que siguieron al de 1881, templaron su espíritu los jóvenes académicos bajo la dirección de aquellas almas heroicas que preferían la indigencia a la apostasía, que emprendían gustosos la dura senda del martirio, antes que encaminar sus pasos por la vía siempre fácil y cómoda de las claudicaciones. Y si los nombres de esas almas de temple heroico pudiesen llegar algún día a borrarse de la memoria de los miembros de esta Academia, ahí están sus retratos adornando las paredes de su sala de sesiones; ahí están como para recordarles constantemente con su presencia la sublime y persuasiva lección del ejemplo.

Al terminar, señores, hago fervientes votos para que esta histórica y benemérita Academia Literaria del Plata, siga la estela luminosa que representan esos nombres gloriosos que la mecieron en la cuna, la alentaron en la infancia y la han vigorizado en todo tiempo: segura de que su acción es eminentemente social y patriótica, y que la semilla que difunde dará frutos positivos de adelanto moral que le agradecerán la Religión y la Patria.

GUILLERMO FURLONG.



## A SANTA ROSA DE LIMA

### TRÍPTICO DE SONETOS Y OFRENDA

No en apoteosis pagana  
Sino en filial devoción,  
A la santa americana  
Doy la ofrenda soberana  
De mi sentida canción;

Con laureles inmortales  
De reflejos celestiales  
Quiero ceñir a su frente  
Triple diadema esplendente  
De virtudes teologales.

### FE

Para el alma nació, y es flor en ella  
Cuando la muerte su crespón desliza  
Es flor de lumbre, divinal sonrisa  
Que eterna vida en su irradiar destella.

Si la duda en tu espíritu hace mella  
Como engañosa pompa que se irisa,  
¡Cierra los ojos, yergue tu divisa,  
Y surcará esa noche una centella!

¡Ardor de recios paladines crea;  
Por cada pecho forja una coraza;  
Ilumina las frentes con la idea,

Y dándole un blasón a nuestra raza  
Y una flor y una ruta y una tea,  
La fe su escala coruscante traza!

### ESPERANZA

Es el trino dulcísimo de un ave  
Cuyo aletear la oscuridad espanta;

Pájaro azul que en las auroras canta,  
- Y nunca entretejer su nido sabe.

De felices arcanos honda clave  
Que arroba nuestro espíritu y le encanta  
Estrella que en las noches se levanta  
Para dar rumbo a nuestra frágil nave.

Ancora mística la fe te llama;  
Ilusiones, la dulce edad primera;  
Amor, el pecho que ardoroso ama;

El monje en su retiro, compañera;  
Las sombras, claridad; santa bandera,  
La Humanidad en su constante drama!

### CARIDAD

¡Si todo es oquedad, todo mentira:  
Ciencia, riquezas, ilusiones, gloria;  
Tinieblas para el alma, vil escoria  
Ante la llama que el amor inspira!

Y el mismo amor que palpité en mi lira,  
Cual la chispa fugaz muere ilusoria  
Terminando su breve trayectoria,  
¡También al borde del sepulcro expira!

De amor buscando el eternal venero,  
De entusiasmo el espíritu provisto,  
Ya no busco las flores del sendero:

Con el pobre sayal mi cuerpo visto,  
Y entre las nieblas del olvido quiero  
¡Abrazado a la Cruz, morir por Cristo!

### OFRENDA

Celaje de irisados y mágicos reflejos,  
Perfume de sutiles y místicos sabores,  
Cáliz de amor oculto, con celestiales dejos  
Del que es luz y camino y amor de los amores.

Visión de la alborada, fuerte y casta doncella:  
Porque fuiste tú misma la flor de viva lumbre  
De la fe prodigiosa, conservándote estrella  
Para que la esperanza nos dirija y alumbre,

Y porque, sabia, buscaste de la Cruz el venero  
De eternos y profundos y cristianos amores,  
Despreciando por vanas las flores del sendero,  
¡Por eso eres la musa de mis cantos mejores!

América llegaba del fondo del abismo  
Cual cofre resonante de vírgenes leyendas;  
La luz del astro autóctono fué su primer bautismo,  
Como gentil presagio de auroras estupendas.

Para sellar la gloria de su épico destino  
Faltábale tan sólo la seña milagrosa:  
¡Y hasta el vergel de América desde el vergel divino  
Se desgajó una estrella... y se encendió una rosa!

FERNANDO LEGÓN.

## CANTA, CORAZON

¡Oh corazón, que saltas como un ave,  
golpeando la jaula de mi pecho  
con las plumas audaces de las alas  
de tus ansias y sueños!

¡Oh corazón, regulador constante  
de todos mis afectos,  
de todas mis ideas,  
de todos mis anhelos,  
ponte en mi lira y canta,  
que sólo puedes tú ser el trovero  
que ensalce dignamente  
tus glorias, tus portentos.

¡Oh! corazón, responde:  
¿Cómo siendo tan débil y pequeño,  
con la enorme palanca de tu influjo  
mueves el universo?  
¿Qué imanes portentosos  
se inercian en tus huecos,  
que atrae cual si fueran leves plumas,  
las moles de contrarios sentimientos?  
¿Quién sabe tus conquistas  
y quién midió tus vuelos?...  
En el breve almohadón de tus aurículas  
se reclinan los astros, los océanos.

Eres la fuente del amor: tú pones  
en los capullos frescos  
de las bocas rientes de los niños  
la inocencia, que es fuente de embelesos.  
Tú prendes en el rostro de las vírgenes  
por ojos dos luceros,  
balconajes de luz, donde la tierra  
se asoma a ver los cielos.  
Tú conviertes los labios de las madres  
en ánforas de besos,  
besos que truecan en ligeras alas  
los brazos de la cruz de este destierro.

Tuyos son los pañales de las cunas,  
las hilachas que vendan al enfermo,  
las rejas de los jóvenes amantes,  
las cruces de los tristes cementerios,  
las tocas de las místicas palomas,  
las verbenas de majas y toreros  
y el mundo todo; pues el ancho cauce  
de tu fecundo amor, es también lecho  
del dolor, y la vida está amasada  
con sonrisas y amargos sufrimientos.

Eres la llama de la fe: levantas  
en medio de los mares turbulentos  
de la duda, tu faro luminoso,  
mostrando al hombre el suspirado puerto.



Tuyas son las ermitas solitarias,  
los cenobios, asilos y conventos,  
los rosarios y efigies milagreras,  
las torres y las bóvedas del templo,  
escalas empinadas que conducen  
al solio del Eterno  
las plegarias y votos y suspiros  
de los cristianos pueblos.

Eres la patria entera: tú sacudes  
el férvido entusiasmo del guerrero  
que se lanza al combate y en las aras  
del amor, a su madre, da su cuerpo.

Tuyos son sus arranques generosos,  
los golpes de su acero,  
el galopar continuo de su sangre  
que salió caldeada de tu seno,  
y los arcos triunfales de sus glorias,  
hechos con sus laureles y trofeos.

Corazón, corazón, ¿quién no te canta,  
si todo lo que es grande lleva el sello  
de la lava que hierve en tus volcanes  
y el sublime aletazo de tu genio?

Lenguas que no arraigaron  
en el humus fecundo de tu suelo,  
con el falso oropel de sus palabras  
pregonaron los triunfos del progreso  
y quisieron uncir a sus grandezas  
tus caudalosos vuelos.

Pero ¡jamás!, ¡oh! corazón triunfante,  
podrá la ciencia arrebatarte tu cetro,  
que las obras trazadas solamente  
con el compás y regla del cerebro,  
son estatuas sin vida,  
son aves sin gorgeos,  
fontanas sin murmullos,  
astros sin reverberos,  
son vidas que se mueren,  
son fríos esqueletos...

¡Ah! que nunca se extinga tu reinado  
y seas siempre de la tierra el dueño;  
que tus alas no queden aplastadas  
bajo el enorme peso  
de la materia vil, y entre sus garras  
gimas como doliente Prometeo.

¡Arriba, corazón! mueve tus anelas,  
azota el mar con tus potentes remos  
y que sean tus velas arpas trémulas,  
donde canten las olas y los vientos.

¡Arriba, corazón! sean tus llamas  
el pabellón enhiesto  
y la antorcha encendida  
y el alcázar soberbio  
de tu augusto poder; que mientras  
como monarca regias, (triunfes  
habrá en el mundo amores  
y lágrimas y besos  
y lirios y poetas,  
que cubrirán las zarzas del sendero  
con las fragantes rosas  
del jardín de sus rimas y sus versos.

P. TEODORO PALACIOS, SCH. P.

## NOTAS Y COMENTARIOS

Leyendo la prensa diaria,  
de información rica y varia,  
que hay en esta Capital,  
asombra la extraordinaria  
cantidad de material,  
noticioso, superior,  
que obtiene cualquier lector

por diez centavos cabales;  
¡es notable, sí, señor!  
Telegramas especiales,  
recibidos 'por mayor'  
de grandes corresponsales  
al frente de sucursales  
en París o en Nueva York;

rotundos editoriales;  
 noticias sensacionales  
 comerciales,  
 policiales,  
 o simplemente de sport;  
 reseñas de sociedad,  
 que halaguen la vanidad  
 de más de tres o de cuatro;  
 críticas de actualidad  
 sobre música o teatro;  
 apuntes parlamentarios  
 de sesiones borrascosas;  
 sepelios; temas agrarios;  
 artículos literarios...  
 y, en fin, un mundo de cosas.  
 Y sobre este canevás,  
 ameno como el que más,  
 pueden verse sin trabajo  
 los anuncios que, a destajo,  
 hay insertos además,  
 por arriba, por abajo,  
 por delante y por detrás.  
 Unos con grandes leyendas,  
 a puro bombo y platillo,  
 de las más "conspicuas" tiendas,  
 ofreciendo ricas prendas  
 a precios de baratillo.  
 Otros de una redacción  
 modesta sobremanera,  
 pidiendo un criado nipón,  
 una vieja lavandera,  
 o una reina del fogón.  
 Desde luego que estos son  
 los renglones que, a porfía,  
 se disputan día a día,  
 cada cual en su sección:  
 lo mismo el ama de cría  
 que aquél que busca un incauto  
 para colocarle un auto  
 de pura ferretería.  
 Es raro, pues, quien no vea  
 la utilidad que acarrea  
 un noticioso periódico,  
 que con afán espasmódico  
 al servicio de su idea,  
 informa, orienta y recrea...  
 todo por un precio módico.  
 Así resulta un edén  
 esta vida triste y rasa,

ya que sin salir de casa  
 cualquiera sabe muy bien  
 lo que por el mundo pasa...  
 y en diez casos sobre cien,  
 lo que no pasa también.  
 Tomando, pues, el patrón  
 de los temas ordinarios  
 que tienen más difusión,  
 ahí va un pequeño montón  
 de notas y comentarios  
 a las cosas de los diarios  
 de mayor circulación.

—  
 Anuncio de sastrería,  
 que influye en la economía.

"Trajes de hombre y de señora  
 damos vuelta del revés,  
 empleando sin demora  
 sólo dos días o tres.  
 Si la prenda ha sido ya  
 dada vuelta anteriormente,  
 no importa, nosotros la  
 transformamos nuevamente.  
 Al traje más harapiento  
 dejamos hecho un encanto,  
 con nuestro procedimiento  
 de colocarlo de canto."

Un aviso interesante  
 de mercenaria lactante.

"Ama, se ofrece, muy buena,  
 para criar con biberón."'  
 ¡Qué gracia!, dirá el más seco,  
 ¡así también crío yo!

—  
 Aviso morrocotudo,  
 que viene muy a menudo.  
 "Cien mil pesos, más o menos,  
 con urgencia necesito."  
 ¡Caramba con la noticia!  
 Yo también... y no lo digo.

—  
 Sección pérdida de cosas  
 sin valor... o muy valiosas.

"Ayer en un automóvil  
 tomado en la Plaza Italia,  
 una señora olvidó  
 una cartera de malla,  
 llevando entre otros efectos  
 menudos, sin importancia,



cien pesos en dos billetes,  
un anillo de esmeraldas,  
cuatro libras esterlinas,  
un espejo de oro y plata,  
y dos terrones de azúcar  
guardados en una caja.  
La persona que devuelva  
a Tucumán y Suipacha,  
los dos terrones de azúcar,  
será bien gratificada.”

---

Pasemos a ver ahora  
el eterno telegrama  
sobre la vida del ex-  
emperador de Alemania.

“Desde que cesó la lucha  
en la trinchera sombría,  
el kaiser se pasa el día  
serrucha que te serrucha.  
Divide con tanto ahinco  
los troncos que, desde Abril  
ha serruchado dos mil  
ochocientos veinticinco.  
Y tal afición demuestra  
por ese violento sport,  
que ya no queda ¡oh dolor!  
un árbol... ni para muestra.  
Mas no le causa desmayo  
llegar del bosque al final,  
pues, en su ardor forestal,  
se le ha ocurrido un ensayo  
¡colosal!:  
serruchar el tronco bayo  
de la berlina imperial.”

---

También puede ver la gente  
en otro, que es siempre el mismo,  
lo que hace su descendiente  
en su obligado ostracismo.

“El kronprinz se ha colocado  
de criado en un hotel,  
pero pronto lo han echado,  
pues no sirve; dicen de él  
que resulta un mal criado.  
Entonces toca el violín,  
esperando el muy pillín,  
en sus nostalgias tremendas,  
que lo manden a Berlín...  
como en los juegos de prendas.”

---

Un reportaje reciente  
a un pianista ex-presidente.

“Paderewski ha declarado  
a nuestro corresponsal,  
que la cuestión de Polonia  
es muy dura de pelar;  
que a pesar de los bemoles  
que tiene en gran cantidad,  
es cosa que, francamente,  
no se atreve aun a tocar.  
No obstante, busca una clave,  
—sea de sol o de fa—  
para dispersar las fuerzas  
del bolsheviquismo audaz,  
y espera dar en la tecla...  
¿por qué lo hemos de dudar?”

---

Comunicación que escama,  
puesta en otro telegrama.

“Avisan de Cartagena  
que un pescador ha encontrado  
un submarino encallado  
en un gran banco de arena.  
Su intención en tal atranco  
nadie puede imaginar,  
salvo que fuera a cambiar  
algún cheque en aquel banco.  
Pero arguye el más bodoque,  
sin que su razón se seque,  
que si fué allí por un cheque...  
se ha encontrado con un choque.”

---

Algunas notas sociales  
de personas principales.

“Don Funano ya está sano  
de su reciente arrechucho.”  
Bueno; pues me alegro mucho,  
pero, ¿quién es Don Fulano?

---

“En la presente estación,  
la familia de Paipay,  
piensa ver en excursión  
Tucumán y Paraguay...  
sin pasar de Pueyrredón.”

---

“La señora de Panfrito  
y sus hijas Mecha y Tula,  
hace un mes que en Alta Gracia  
están disfrutando de una  
temporada deliciosa:

paseos, bailes, tertulias,  
excursiones por las sierras  
y otras diversiones muchas.”

Y aquí, en la ciudad, Panfrito,  
luchando como una mula  
para costear ese tren,  
recibe a diario facturas  
de Alta Gracia, que, en verdad,  
no le hacen gracia ninguna.

Una noticia social  
rayana en lo policial.

“Ha causado sensación  
en los círculos sociales  
la noticia de la fuga  
de la señorita L. H.  
F. de M. con el joven  
B. G., los dos de notable  
actuación en el gran mundo.  
Se sabía en todas partes  
que eran novios hace tiempo,  
mas resulta que la madre  
de ella, la noble señora  
L. D. F., viuda de H.,  
no daba el consentimiento  
para efectuar el enlace.  
Vista, pues, la negativa,  
los novios, tomando a escape,  
un Curtiss cien H. P.  
emprendieron veloz viaje  
a M. del P., F. C. S.,  
donde han llegado ayer tarde  
en un vuelo, sin metáfora;  
y una vez hechos los trámites  
del R. C. y de la Iglesia,  
piensan allí radicarse  
en la Quinta V. S. T.,  
propiedad del expectable  
caballero J. K.,  
conocido personaje  
muy amigo de B. G.  
y protector de L. H.”

Bien: hasta aquí la noticia;  
ahora es bueno preguntarse:  
¿es una fuga de novios  
o una fuga de vocales?

Sección Policía, que es  
la de más vivo interés.

“De su casa substraieron  
a Don Fulano de Tal,  
personas desconocidas,  
un magnífico gabán.  
Al hacer la pertinente  
denuncia en la Seccional,  
el hombre manifestó  
que el que le llegó a robar  
su querido sobretodo,  
no cabía duda ya  
de que, si no era un gran fresco....  
lo sentía por demás.”

#### Sección Teatros y Concieros

Aquí voy a transcribir  
una charla entre dos damas  
esposas de “nouveaux riches”,  
que anoche en el Coliseo  
despotricaban así:  
—¿“Has visto, che, Rudecinda,  
qué temporada más “chic”  
de conciertos y de música  
la de este invierno feliz?  
Vasa Prihoda en el Colón,  
vas al Odeón, y allí  
está haciendo gorgoritos  
la tiple Ninón Vallín.  
Casadó en el violoncelo  
nos ha hecho, en verdad, sentir;  
Viñes, Friedman, Rubinstein,  
Risler en el San Martín...  
y ahora está en el Odeón  
ese señor Viviani,  
que dicen que es un coloso!  
—Y, qué toca, che, ¿el violín?  
—No sé si el violín o el piano  
o ambas cosas; lo que sí  
te digo es que me han contado  
que ha llegado a dirigir  
un concierto de naciones  
aliadas, allá en París.  
¡Calculá si será bueno!  
—Yo, mañana, pienso ir  
sin falta a oirlo.

—Yo, igual;

nos veremos por allí.

Y así siguieron hablando  
las dos damas “nouvelles riches”.



¡Y basta! Sobre esta charla  
voy a hacer punto final.  
Ahora bien: si hay quien desee  
más notas, no ha de quedar  
descontento, cuando escuche  
las que la orquesta dará

después de mí, dirigida  
por la batuta ejemplar  
del maestro Luis Ochoa,  
artista entero y cabal,  
que es en achaque de notas  
otra nota...bilidad.

JOSÉ SANLLORENTI RUIZ.

## ¡SEÑOR POETA, YO AMO!!

### I

Permitidme contaros una historia  
con mucho de verdad y de enseñanza  
que tiene de agradable en su memoria,  
lo que tiene de bello la esperanza.

Se trata de un señor muy jovencito  
que recién de las aulas ha egresado  
y que tiene "una idea" el pobrecito  
más valdría llamarle, el arrojado.

Cicerón Amoroso de la Fobia  
es el nombre feliz de nuestro cliente  
que ha sentido el deseo de repente  
de buscar un ideal... digo una novia

Y el hombre con su cuita atribulada  
ha llegado hasta mí en cierto día  
y con saña muy cruel me proponía,  
hablando de esta suerte contristado

—¡Poeta, señor, me muero!  
¡estoy loco!  
por un poco  
desespero!

¿No comprende mi desgracia?

¿No adivina mi tormento?

—Cálmese usted un momento  
dé tregua a sus aflicciones  
y veamos las razones  
que tiene su desazón.

—¡Es que soy muy desgraciado!

—No desmiento lo afirmado,  
pero veamos su mal.

—¡Lo llevo aquí, cual puñal  
que me parte el corazón!

—¡Ah sí! señor, comprendido.

El señor se ha equivocado;  
es aquí, a la vuelta, al lado,  
donde un médico afamado  
podrá prestarle su oído.

—El señor me ha confundido.

—¿No es acaso el corazón  
la causa de su tormento?

—De todo mi sufrimiento  
la culpa la tiene él.

¿O me toma por maníaco?

—No, señor; por un cardíaco  
o un aórtico tal vez.

—Déjese de chucherías  
y escuche bien mis congojas  
(y extendiéndome unas hojas  
de papel emborronado,  
me dijo):—Lea, señor,  
las recetas que me han dado  
otros poetas primero;  
y sin embargo, me muero  
de deseos y de amor.

¡Señor poeta, yo amo!

¡Yo siento que el Universo  
se transforma en mudo verso  
que canta mi desatino;  
yo siento el calor de un vino  
que a mi sangre desaloja,  
y siento la nube roja  
de mi pasión sobrehumana,  
como un sol que con su llama  
hasta las flores deshoja!

Recorrí con mi aflicción  
la casa de veinte amigos,

todos ellos son testigos  
de mi cuita singular.  
Para mí, ya no hay quietud  
si usted no encuentra el remedio,  
que ponga fin por asedio  
a mi pena y a mi mal.  
Yo me quiero declarar  
a una chica bonitilla  
que me tiene como horquilla  
metido en su corazón.  
Lea bien esas recetas,  
que no han dado resultado,  
forme su juicio acabado  
y deme usted, bien concreta  
la forma de declararme  
como maestro del ramo;  
de otro modo he de matarme,  
es una idea resuelta.  
¡Señor poeta, yo amo,  
yo amo, señor poeta!

Di lectura a los papeles  
y aquí está su fiel versión  
con alguna acotación  
necesaria.

A su forma estrafalaria  
perdonemos y ¡Atención!

## II

### Declaración de amor, según un pasionista

¡Pebetita,  
muñequita,  
la más linda y más chiquita  
de mis ansias de vergel,  
la que tiene una boquita  
que parece una granada,  
que parece una fresita,  
que parece un punto rojo,  
microscópico despojo  
de la punta de un pincel!

¡Pebetita,  
muñequita,  
la que se hace la chiquita  
porque sabe que es bonita,  
porque sabe que ha perdido  
la partida de bautismo  
que es lo mismo;  
la que tiene unos ojazos  
que me han sido siempre "caros",

que no envidian luz al sol,  
pues parecen los dos faros  
encendidos de un "Renault"!

¡Pebetita,  
muñequita,  
la más linda personita  
que mis ojos admiraron  
en el cielo de mi amor,  
yo te ofrezco este mi anhelo,  
estas ansias y esta llama,  
esta antorcha, esta oriflama  
que consume al que te ama!  
¡Qué calor!

Pebetita,  
muñequita,  
yo te quiero por bonita,  
por tu boca tan chiquita,  
por tus ojos tan grandotes,  
por tu pelo, por tu escote,  
por tu oreja,  
por tu frente,  
por tu ceja  
y tu nariz,  
por tu diente,  
por tu encía,  
por tu primer premola:

—¡Este ama la anatomía,  
desde luego!

—Y sobre todo te quiero,  
mi pebetita  
bonita,  
porque...

—Basta... ¡Fuego, fuego!

—¿Qué es lo que haces?

—Es que llamo los bomberos  
porque usted se va a incendiar.

## III

### A la manera caballeresca

Yo, Amoroso de la Fobia,  
y a fuer de hidalgo, señora,  
vengo a tu reja en estora  
por las cuitas de mi honor.  
Yo soy aquel cuya espada  
no taladró el Universo  
porque su instinto perverso  
me hizo esclavo de un amor.

Sí, señor.



Yo soy aquel que al cuitado  
que ayer cruzó esta calleja  
tras tu sonrisa y tu reja  
rasgué de un tajo la ceja  
y a *Chacarita* le envié  
y a cualquiera  
que fixiera  
por tu amor igual ofensa....  
¡No hay la razón que convenza!  
que sepa que de la Fobia  
lo espera aquí, y de pie;  
¡Que si su espada es de punta  
*mi navaja es de Gillette!*  
Así es.

No se juega así no más  
con un hidalgo, señora,  
que se pasa hora tras hora  
como un "sonso" aquí a tus pies;  
que después de haber blandido  
su acero por tu guedeja  
lo tengas en la calleja  
*cual vigilante aburrido,*  
*esperándote ¡Pardiez!*

¡Qué quieres con tu elegancia,  
señora de mis antojos,  
la de los caimanes rojos  
en campo gualda y azur,  
la del suntuoso automóvil,  
la del castillo almenado,  
*la del campo hipotecado,*  
*la que no paga la luz?*

Como veis, señora mía,  
mi amor un tanto ladino  
está sediento del vino  
de tus besos de coral.  
No enfurezcas mi tizona  
con tu obcecación, señora,  
que puede llegar la hora  
en que mi amor vengaré  
y aumente enfurecido  
con mi ira y con mi rabia  
por las vírgenes de "Pavia"  
como a un perro os mataré.

—¡Amoroso, me dais miedo!  
ya lo sabe desde ahora,  
no me digas más, "señora",  
*señorita dígame.*

—No seais torpe, remolona,  
que a obedecer a mi instinto  
no señora, señorona,  
*como lo oyes, os diré.*

## IV

## A la manera gauchesca

## (Décimas)

Yo, en las noches quejumbrosas  
cuando el fogón ilumina  
tu faz transforma, divina,  
como en capullos de rosas,  
he pensao en esas diosas  
de que nos hablan los cuentos  
y he sentido los tormentos  
de quererte pa mí solo  
*como quieren los chingolos*  
bajo el sol y bajo el viento.

¿No has visto la becacina  
cómo su vuelo levanta  
cuando el potrillo la espanta  
con su retozo, mi china?  
¿Y en la noche peregrina  
no has visto en los arbolitos  
como duermen bien juntitos  
los casales de jilgueros  
esperando prisioneros  
que amanezca, en sus niditos?

Pero tu instinto matrero  
no comprende mi congoja,  
tu indiferencia deshoja  
mis proyectos con tu acero.  
*Sos un pingo muy mañero*  
*que no aguanta ni el rebenque*  
y encabrestao al palenque  
*pateo que es un contento,*  
hasta que llegue el momento  
*di'hacerte inclinar la frente.*

Mas yo prometo de juro  
que si me calzo la espuela  
*le pedirás a tu abuela*  
*que te ampare de seguro.*  
Me librarás del apuro  
en que estoy metido, ¡ahijuna!  
como sonso que se apuna  
cuando va subiendo un cerro  
*y evitarás que sía'un perro*  
*que está ladrando a la luna.*

## V

## A la manera culterana

(Versos esdrújulos)

En la lunática visión estética  
de tu cerúlea, límpida faz,  
mi alma esdrújula está pletórica  
por declararte su cuita histórica.  
*Así será.*

Te vi una tarde; riente en la hermética,  
estoica y álguida hora crepuscular,  
en automóvil burlando herética  
con tu inconsútil farsa patética  
*mi salutar.*

Y fué tu célica imagen plástica  
lo que el cerebro me trastornó,  
y desde entonces soy un neurótico  
de faz anémica y andar exótico,  
*que mala pécora lo enloqueció.*

## VI

## Declaración de un decadente

Derramando su argentífera belleza  
va la luna.  
Y es una  
compenetración de quiméricas nostalgias,  
do se aduna  
la muy cruda  
y muy aguda  
cefalalgia.

A lo lejos, dos barquitos peregrinos,  
como zuecos de italiano,  
van tranquilos, van ufanos.  
Una estrella les sonríe,  
y un pescado se deslía  
entre las olas...  
En la roca, muy a solas  
con mi pena,  
te recuerdo,  
mientras muerdo  
como si fuera tu imagen  
la amarga embocadura de una pipa...  
¡Rica!  
La luna su esfera de plata  
timorata  
achica;

y yo sigo ante la mar murmurante,  
jadeante  
con mi muda  
y cruda  
pena...  
En la arena  
un caracol corre el riesgo de una carrera.  
Frunzo el cejo...  
es que aparece un cangrejo  
competidor optimista,  
colorado hasta lo rojo  
en su cáscara  
o máscara  
*de rojo maximalista.*  
Mis manos esculturales lo colocan en la  
de blanca y bruñida arena. (pista  
He olvidado mi pena,  
y sólo soy yo  
ante el cangrejo tan rojo  
y el caracol carrerista...  
Levanto la cinta y ¡zas! los dos caballos  
y parece que levantan (arrancan  
la arena con su correr  
y allí, solo, se agiganta  
como soberbio coreel,  
el caracol  
volador  
ligero como una flecha,  
tan veloz  
es.  
Mi garganta entusiasmado  
desahogo  
y lanzo un soberbio grito:  
¡Botafogo! ¡Botafogo!  
¡Sí, señor!  
y el animal vencedor  
se hace chiquitito,  
llegando a la recta solo  
en carrera sin igual.  
¿Y el cangrejo, dónde está?  
¿qué se ha hecho el pobrecito?  
¡Matunguito!  
Yo no lo veo, lo espero,  
pero,  
en vano.  
¡Y eso que era muy ufano  
y muy rojo y muy arisco!  
en tanto mi Botafogo  
va llegando solo al disco...



Allí abajo de una piedra temeroso y  
y rojo hasta las orejas (compungido  
está el cangrejo metido.  
¡Cangrejo de Barrabás!  
y—lo sabéis de memoria—  
ha conquistado su gloria  
*galopando... para atrás.*

.....  
Ahí va mi verso, princesa,  
que derrama su argentífera belleza  
tras un querer que mezquinas  
con las rimas  
negatorias  
de tu cabeza  
para darle a un zanahoria.  
Entretanto mientras vivas,  
en la roca, entre las olas,  
muy a solas  
la recuerdo,  
mientras muerdo  
como si fuera tu imagen  
que se achica  
la amarga embocadura de mi pipa.  
¡RICA...  
TIPA!

## VII

## Conclusión

Al terminar la lectura  
de todas estas recetas  
que mi amigo de la Fobia  
sensacó a ciertos poetas,  
sentí la cruel intuición  
del fracaso de mi amigo  
y vosotros sois testigo  
si me asistía razón.

Sin embargo,  
muy curioso  
y por descargo  
a mi amigo pregunté:  
De todas, Don Amoroso,  
¿cuál es la que elige usted?  
Y Cicerón contestó:  
“Quosque tandem” le diré  
que ninguna me seduce  
porque ninguna traduce  
lo que quiero decir yo.

Y luego me renovó  
la escena de su tormento,  
de su amor y su cariño.  
*¡Ay! el amor es un niño  
con orejas de jumento!*

Pues bien, le dije al momento  
para abreviar la entrevista  
yo filósofo me siento  
y filósofo extremista.

—  
No creo en palabreríos  
insulsos y desatados,  
discursos amanerados  
que no tienen eficacia  
ni sinceridad siquiera.  
Yo le daré una manera,  
tal vez revolucionaria,  
que creo muy necesaria  
en su “caso”, señor Fobia.

Si es que pretende a su novia  
convencerla con razón  
diríjase al corazón,  
*no provoque su hidrofobia.*

No busque palabra vana  
y deje hablar a los hechos,  
que al conseguir sus derechos  
son el mejor argumento.  
“Las palabras van al viento”  
es una ley muy humana.

Usted se acerca a su novia,  
que supongo convencida,  
pues en amor, de la Fobia  
todo es recíproco, al son  
del compás de un corazón.  
Con ella converse y ría  
de su amor y del de ella,  
eslabonen su querella  
con muy fina maestría  
y en franca conversación,  
sueñen juntos su ilusión,  
sus proyectos, sus ideales,  
sus quimeras siderales;  
¡que el sueño el vivir alegre!...  
*hasta que venga la suegra  
y los vuelva a sus cabales.*

Después, cuando estén ya solos  
frente a frente del Amor  
no olvide, mi buen señor,  
que suya es la iniciativa  
tal como marcha la vida;  
y aprovechando un descuido,  
intencional en su amada,  
hará de su boca un nido  
de deseos seductores  
y en ella deje las flores  
de su ilusión realizada,  
con un beso, que es el hada  
que protege los amores...

—¡No es posible! — interrumpió  
de la Fobia, furibundo.—

¿Se cree que en este mundo  
es tan fácil su receta?

¡Ya lo sabía. Un poeta  
es tan sólo un soñador!

Yo amoroso, hombre de seso,  
no puedo ser un traidor  
arrancándole a mi amor  
un problemático beso.

Mas lo terrible no es eso;  
¡ella se enoja! ¿qué hago?  
quiere decirme ¡por Dios!

—Si ella se enoja, por eso,  
se hace el sordo y le da dos.

Cicerón se levantó  
de su asiento entristecido  
y en su rostro compungido  
una sonrisa ensayó.

—No es posible, mi señor,  
dijo al punto,  
veo que nuestro asunto  
ya no tiene solución.  
Su receta será buena  
y todo lo que usted quiera,  
pero hay un inconveniente  
y es que en mi "caso" inclemente,  
no tiene ni aplicación.

—¿Por qué? — le dije altanero.

—Porque mi novia, señor  
la que incita mi querella,  
es una estrella...

—¡Por favor!  
Conviértala en aerolito  
que inflame su corazón.

—No es posible; y examine  
sin reirse, mi pasión.

¡La que incita mi querella  
es una estrella, señor,  
pero una estrella...

... del Cine.

... ..

GREGORIO J. CHAVES.